

**Hubeňak, Florencio**

*El pensador griego como hombre de acción y su legado*

Prudentia Iuris N°70, 2011

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central "San Benito Abad". Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Hubeňak, F. (2011). El pensador griego como hombre de acción y su legado [en línea], *Prudentia Iuris*, 70, 197-211. Recuperado de <http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/revistas/pensador-griego-hombre-accion-legado.pdf> [Fecha de consulta:.....]

(Se recomienda indicar fecha de consulta al final de la cita. Ej: [Fecha de consulta: 19 de agosto de 2010]).

## EL PENSADOR GRIEGO COMO HOMBRE DE ACCIÓN Y SU LEGADO

Por *Florencio Hubeñak*

Transcurrida la primera década del siglo XXI y atento al aporte que nuestra Universidad en la formación de sus futuros egresados puede dar a la sociedad, siempre es oportuno reflexionar sobre “el intelectual y la política” y, especialmente, sobre cuál es el papel que le cabe al pensador católico de hoy en medio de la compleja crisis que nos toca vivir.

Preocupados por el desgaste político de las palabras hemos recurrido al término pensador en lugar de intelectual, aunque coincidamos en que en ambos casos se trata, como sintetizaba admirable y provocativamente Bernard-Henri Levy –de la nueva derecha francesa– en su *Elogio de los intelectuales* en el París de 1987, de “alguien que piensa”.

Tampoco hemos querido emplear la palabra filósofo (el que ama la sabiduría) para evitar cualquier comparación con esa prefabricada imagen del intelectual como un sujeto que vive en las nubes o en la luna, o –como Thales– cae al pozo por mirar el cielo. Claro que quienes así lo interpretan no agregan que según la misma fuente éste se enriqueció –pragmáticamente– al prever una exitosa cosecha de aceitunas.

Finalmente no hemos recurrido al término historiador, etimológicamente “contador de historias”, por negarnos a aceptar una limitación etimológica de estas características. Probablemente por ello muchos hayan preferido considerarse “profesores de historia”, rescatando el sacerdocio de la docencia, en lugar de historiadores, que es la verdadera labor para la que nos debe formar la Universidad.

No debe llamaros la atención que un historiador dedicado al mundo greco-romano intente bucear la respuesta en las raíces mismas de nuestra cultura. Después de todo, el historiador –como bien señalaba José Luis Romero– “no se ocupa del pasado, sino que le plantea los grandes interrogantes que interesan al hombre de hoy”. Para ello nada mejor que empezar por los griegos que según es *vox populi* ya se plantearon casi todos los grandes problemas que aquejan al hombre contemporáneo.

En primer lugar señalemos que un pensador –o intelectual en el sentido que le precisamos al término– no entendería esa falsa imagen moderna de un especialista –que desprecia igualmente las cosas del cielo y de la tierra– y vive aislado de la realidad, encerrado en un mundo ideológico que él mismo se ha construido.

El pensador griego era un hombre preocupado por “el problema del hombre y

su destino” y esa es la función de un filósofo, pero también la de un historiador, de un político, de un sociólogo... en síntesis, de un pensador.

Raymond Aron nos hizo ver con agudeza que el intelectual no es una creación de la modernidad, ya que “todas las sociedades han tenido sus escribas, que poblaban las administraciones públicas y privadas; sus letrados o artistas, que transmitían o enriquecían la herencia cultural; sus expertos, legistas que ponían a disposición de los príncipes o de los ricos el conocimiento de los textos y el arte de la disputa sabios que descifraban los secretos de la naturaleza y enseñaban a los hombres a curar las enfermedades o a vencer en el campo de batalla. Ninguna de esas tres especies pertenece exclusivamente a la civilización moderna”.<sup>1</sup>

Pero un pensador griego –que resucitase hoy–, totalmente convencido de la unidad del cosmos, tampoco entendería esa división de raíz cartesiano-moderna entre el intelectual y el hombre de acción.

Todo heleno era considerado un *zoon politikon* (un sujeto de la escala animal que vive en polis), era un *polités* (un ciudadano) que vivía activamente la vida de su polis (la “cosa de todos”, la comunidad) o sea... hacía política.

Podríamos citar múltiples ejemplos pero nos limitaremos a enunciar algunos aspectos básicos de dos casos arquetípicos poco analizados en este contexto.

En primer lugar mencionemos a Aristocles –más conocido por su apodo de Platón debido al ancho de sus espaldas– quien en algún momento de su vida escribió una carta en la que reflejaba claramente su actitud ante su polis. Allí decía:

“Siendo yo joven pasé por la misma experiencia que otros muchos; pensé dedicarme a la política tan pronto como llegara a ser dueño de mis actos; y he aquí las vicisitudes de los asuntos públicos de mi patria a que hube de asistir; siendo objeto de general censura al régimen político a la sazón imperante, se produjo una revolución y... treinta se instauraron con plenos poderes al frente del gobierno en general. Se daba la circunstancia de que algunos de éstos eran allegados míos, en consecuencia requirieron al punto mi colaboración por entender que se trataba de actividades que me interesaban. La reacción mía no es de extrañar dada mi juventud; y pensé que ellos iban a gobernar la polis sacándola de un régimen de vida injusto y llevándola a un orden mejor, de suerte que les dediqué mi más apasionada atención, a ver lo que conseguían. Y vi que en poco tiempo hicieron parecer bueno como una edad de oro el anterior régimen. Entre otras tropelías que cometieron, estuvo la de enviar a mi amigo, el anciano Sócrates, de quien yo no tendría reparo en afirmar que fue el más justo de los hombres de su tiempo, a que en unión de otras personas prendiera a un ciudadano para conducirlo por la fuerza, complicado en sus crímenes; por cierto que él no obedeció, y se arriesgó a sufrir toda clase de castigo antes que hacerse cómplice de sus iniquidades. Viendo, digo, todas estas cosas y otras semejantes de la mayor gravedad, lleno de indignación me inhibí de las torpezas de aquel período. No mucho tiempo después cayó la tiranía de los Treinta y todo el sistema político imperante. De nuevo, aunque ya menos impetuosamente, me arrastró el deseo de ocuparme de los asuntos públicos de la polis. Ocurrían, desde luego también bajo aquel gobierno, por tratarse de un período turbulento, muchas cosas que podrían ser objeto de desaprobación, y nada tiene de extraño que, en medio de una revolución, ciertas gentes tomaran venganzas excesivas de algunos adversarios. No obstan-

<sup>1</sup> ARON, Raymond, *El opio de los intelectuales*, Buenos Aires, Leviatán, 1957, pág. 201.

te los entonces repatriados observaron una considerable moderación. Pero dio también la casualidad de que algunos de los que estaban en el poder llevaron a los tribunales a mi amigo Sócrates, a quien unos acusaban de impiedad y otros condenaron y ejecutaron al hombre que un día no consintió en ser cómplice del ilícito arresto de un partidario de los entonces proscriptos, en ocasión en que ellos padecían las adversidades del destierro. Al observar yo cosas como éstas y a los hombres que ejercían los poderes públicos, como las leyes y las costumbres; cuanto con mayor atención lo examinaba, al mismo tiempo que mi edad iba adquiriendo madurez, tanto más difícil consideraba administrar los asuntos públicos con rectitud; no me parecía, en efecto, que fuera posible hacerlos sin contar con amigos y colaboradores dignos de confianza; encontrar quienes lo fueran no era fácil, pues ya la ciudad no se regía por las costumbres y prácticas de nuestros antepasados, y adquirir otros nuevos con alguna facilidad era imposible; por otra parte, tanto la letra como el espíritu de las leyes se iba corrompiendo y el número de ellas crecía con extraordinaria rapidez. De esta suerte yo, que al principio estaba lleno de entusiasmo por dedicarme a la política, al volver mi atención a la vida pública y verla arrastrada en todas las direcciones por toda clase de corrientes, terminé por verme atacado de vértigo, y si bien no prescindí de reflexionar la manera de poder introducir una mejora en ella, y en consecuencia en la totalidad del sistema político, sí dejé, sin embargo, de esperar sucesivas oportunidades de intervenir activamente; y terminé por adquirir el convencimiento con respecto a todos los estados actuales de que están sin excepción, mal gobernados; en efecto, lo referente a su legislación no tiene remedio sin una extraordinaria reforma, acompañada además de suerte para implantarla. Y me vi obligado a reconocer, en alabanza de la verdadera filosofía que de ella depende el obtener una visión perfecta y total de lo que es justo, tanto en el terreno político como en el privado, y que no cesarán en sus males el género humano hasta que los que son recta y verdaderamente filósofos ocupen los cargos públicos, o bien los que ejercen el poder en los estados lleguen, por especial favor divino, a ser filósofos con el auténtico sentido de la palabra”.<sup>2</sup>

Pero pese a su decepción por la política práctica –común a muchos intelectuales que la han sufrido planteando una peligrosa opción entre la política activa o el análisis intelectual– Platón no parece haber actuado en consecuencia... y como heleno era imposible que lo hiciera. En esta carta omite señalar que después de la muerte de Sócrates abandonó Atenas –su polis natal– y viajó por el mundo conocido (Mégara, Egipto, Cirene); nueve años más tarde (en el 390 a. C.), emprendió su primer viaje a Sicilia. Más allá de las posibles razones científicas que lo hayan impulsado –y que discuten los especialistas– allí, este intelectual presuntamente desilusionado de la política, entró en contacto con los pitagóricos –siempre interesados por el poder– y con su líder, Arquitas –“un verdadero filósofo-gobernante”– que influyó notablemente sobre él y lo introdujo en la corte del tirano Dionisio I. Su amistad e influencia sobre Dión –el yerno del tirano– facilitaron sus conversaciones con Dionisio sobre “la polis ideal” y estas discusiones –o algún intento concreto de complot– culminaron con su entrega a los espartanos para alejarlo de Sicilia.

Pero ello tampoco fue suficiente para que abandonara su interés por la política concreta y en el 367 a. C. –veintitrés años más tarde–, al llegar al poder Dionisio II –el hijo del tirano– bajo la regencia de su amigo Dión, regresó a Siracusa. Tampoco

<sup>2</sup> PLATÓN, *Carta VII*.

tuvo éxito; las disensiones políticas internas llevaron a que Dión fuera desterrado y el asesor Platón despedido. No cejó en sus intentos y en el 361 –seis años después– emprendió su tercer viaje. Tampoco tuvo éxito y fue remitido de regreso a Atenas, donde había fundado en el 387 a. C. un centro de enseñanza: la Academia, destinado a formar hombres capacitados para regir los destinos de la polis. Esta “escuela” permaneció activa –pero abandonando su función inicial– hasta el 529 de nuestra Era, en que fue cerrada por el *basileus* Justiniano, al acusar a sus integrantes de enseñar “doctrinas esotéricas” anticristianas.

Que la Academia fue básicamente una escuela de formación de dirigentes políticos ya fue advertido por Henri Marrou en su renombrada *Historia de la Educación* en la Antigüedad y más recientemente José E. Miguens y Marcelo Boeri, rastreando la información que nos proporcionaran Diógenes Laercio y Plutarco, han logrado ubicar a muchos de sus alumnos y seguir su carrera política.<sup>3</sup> Entre ellos podemos señalar, a simple modo de muestra, a Amicio de Heraclea, Aristipo de Cirene –colaborador de Dionisio de Siracusa–, Aristónimo –que fuera enviado por el propio Platón en su lugar para legislar en Megalópolis–, Calipo y Filóstrato de Atenas –asesinos de Dión de Siracusa a quien acusaban de tirano–, Clearco –tirano de Heraclea del Ponto–, Corisco y Erastos –legisladores en Scepis y consejeros de Hermias de Atarnea–, Demetrio de Anfípolis, Eudemos de Chipre –opositor al tirano Alejandro de Faros– Espeusipo de Atenas –acompañante de Platón a Sicilia y su sucesor en la conducción de la Academia, Eudoxo de Cnido –redactor de leyes para su polis natal–, Eueo de Lámpsaco –frustrado tirano de la ciudad–, Eufraios de Oreos en la Eubea –consejero del rey Pérdicas III de Macedonia–, Foción y Cabrias –estrategas en Atenas–, Formión –legislador en Elis–, Heraclides del Ponto –liberador de la Tracia–, Hermias –tirano de Atarnea–, Hestieo de Perinto, Jenócrates de Calcedonia –embajador ante la corte de Filipo de Macedonia y consejero de su hijo Alejandro–, León de Bizancio –asesino del tirano de Heraclea–, Megalófanes –asesino del tirano local y redactor de sus nuevas leyes–, Menedemo –enviado de Platón a Pirra y gobernante de Mégara–, Querón –tirano de Pellene–, Timolaos –gobernante de Cízico–, el ya citado Dión de Siracusa –consejero del tirano Dionisio y quizás el candidato platónico para reemplazarle– y finalmente –para terminar este primer listado orientador– Aristóteles de Estagira.

En cuanto a este –el padre de la metafísica–, pese a su calidad de meteco en Atenas, tampoco estuvo ausente de la actividad política.<sup>4</sup> Es sabido que fue alumno de la Academia y que abandonó Atenas a la muerte de su maestro y se refugió en Atarnea junto al platónico Hermias –con cuya sobrina se casó–, a quien asesoró en la realización de su proyecto político en Asso y presuntamente lo vinculó con el monarca de Pella. Desde allí fue convocado a la corte de Macedonia –en la que su padre había sido médico– y se le encomendó, como joven maestro platónico, la educación del príncipe heredero: el futuro Alejandro Magno. Esta medida provocó

<sup>3</sup> MIGUENS, José E. y BOERI, Marcelo, “¿Que hacían los miembros de la Academia Platónica?, en C.E.A.S, XLII, 420, Marzo de 1993, págs. 33-48.

<sup>4</sup> Cf. HUBEŃAK, Florencio, “Las relaciones políticas entre Aristóteles y Alejandro Magno”, en STYLOS, III, 1994, págs. 53-94.

las reacciones de Isócrates y sus discípulos, que consideraban a los platónicos –y su enseñanza– como políticamente poco prácticos.

Como escribimos en su oportunidad, “del material consultable parece evidente que Aristóteles fue convocado en la medida en que se identificaba con el plan político-cultural de Filipo tendiente a consolidar su posición en la Hélade, fortalecer el panhelenismo y proyectar una nueva estructura política con posterioridad a la conquista del mundo persa. En este aspecto resulta más que sugestivo que Aristóteles comenzara a reunir, en esta época, la colección de más de un centenar y medio de constituciones de distintas ciudades”.<sup>5</sup> Obviamente –como su padre– Aristóteles secundaba la política pan-helenista de la corte macedonia.

A la muerte de Filipo y con el acceso al trono de Alejandro, Aristóteles regresó a Atenas, presuntamente por decisión real, acompañando a Antípato en las negociaciones de paz entre Atenas y el nuevo monarca de Macedonia. Junto a Alejandro quedó su sobrino Calístenes, quien participó activamente en el complot “anti-tiránico” contra el cada vez más orientalizado joven rey macedónico, ya entonces rodeado y aconsejado por los nuevos filósofos cínicos y estoicos defensores de la cosmopolis.

Aristóteles, disgustado con la nueva dirección y el cariz que tomaba la Academia platónica, hacia el 338 a. C. agrupó a su alrededor a algunos jóvenes, con quienes paseaba (peripatéticamente) por la zona del Liceo. Así surgió –presumiblemente con apoyo económico de la corte de Macedonia o al menos de su protector, Antípato– otra escuela (el Liceo) que compitió con las similares –pero más democráticas– de Isócrates y la “aristocrática” de su maestro por encauzar la enseñanza de los futuros reyes y gobernantes de la Hélade y de la Jonia asiática.

Para recalcar el papel político de Aristóteles baste recordar a Plutarco cuando refiere que después del complot Alejandro “escribiendo a Antípato, culpó a Calístenes diciendo: Los jóvenes han sido apedreados por los macedonios, pero al sofista yo lo castigaré; y a los que acá le enviaron (se refiere a Aristóteles) y a los que dan acogida en las ciudades a los traidores contra mí (se refiere al propio Antípato)”.<sup>6</sup> La muerte de Calístenes, en el 325, terminó de enfriar las ya resquebrajadas relaciones entre Aristóteles y Alejandro; y a la muerte de este su intrigante madre, Olimpias, hizo circular la versión “de que su hijo había sido envenenado por el copero Iolao –hijo de Antípato– con un veneno preparado por Aristóteles y traído en la uña de un caballo”.<sup>7</sup>

La muerte de Alejandro produjo una fuerte reacción anti-macedónica en Atenas, donde fueron juzgados varios pro-macedónicos; la sed de venganza arrastró al propio Aristóteles y el estagirita acusado prefirió refugiarse en Calcis “para que no pecaran una vez más contra la filosofía”, donde murió desterrado –por haber asumido compromisos realistas con la política–, en el 322.

Sabemos que sus sucesores en el Liceo, guiados por Teofrasto, consecuentes con la decepción política de su maestro, orientaron la escuela peripatética hacia las ciencias naturales y facilitaron el avance político de los estoicos.

<sup>5</sup> *Ibíd.*, pág. 61.

<sup>6</sup> PLUTARCO, *Vidas paralelas*, Alejandro Magno, XV.

<sup>7</sup> Cf. ARIANO, *Vida de Alejandro*, VII, 27 y RUFO, *Alejandro*, I, 3.

Los pensadores del mundo helenístico, en general, reflejaron la angustia de una sociedad que parecía haber perdido su rumbo y navegaba sin sentido, tratando de reencontrar el vacío creado por la desaparición de la polis en la búsqueda de la felicidad individual. Muchos de ellos, desengañados como Platón o Aristóteles de la política concreta, no abandonaron la idea del filósofo-gobernante y fueron especialmente los estoicos quienes, ante la imposibilidad de lograrlos, se inclinaron por concebir y estructurar el marco de la *cosmopolis* (ciudad universal de los sabios; ¿por qué no intelectuales?), rodearon a los toscos reyes macedónico-orientales de pensadores que les aconsejaron sobre el recto sendero. Así nacieron los asesores. El propio Zenón, Esfero –que favoreció la revolución de Cleómens en Esparta– o Perseo –consejero del rey Antígono Gonatás– son algunos de los ejemplos más conocidos.

Pero su tarea se difundió con mayor facilidad cuando el reino de Macedonia fue conquistado por los romanos y los pensadores helenos fueron trasladados a Roma, a la que helenizaron. Roma comenzó a pensar en griego. Baste citar los nombres conocidos de Panecio o Polibio, historiador que como Tucídides no escribía historias, leyendas, narraciones amenas o anécdotas, sino que interpretaba la realidad; en este caso el fenómeno romano. En el llamado “círculo de los Escipiones”, que cuidadosamente estudió Pierre Grimal, se produjo el fenómeno mediante el cual el helenismo se fundió en la Romanidad.

Pero el romano poseía una mentalidad eminentemente práctica de “soldado-agricultor”<sup>8</sup> y no le interesaba escribir la historia, sino hacerla. Un ejemplo claro de este papel le cupo a Marco Tulio Cicerón que, mientras difundía el pensamiento griego entre los romanos, pleiteaba en el Foro y trataba de conquistar el poder, no siempre de acuerdo con los principios que pregona.

De similar manera no se equivoca Aron al señalar en *El opio de los intelectuales* que “los reyes y príncipes, los héroes coronados y los mercaderes enriquecidos han encontrado siempre poetas (no necesariamente malos) para cantar su gloria”.<sup>9</sup> Hoy resulta indudable que Augusto, a través de su brillante “ministro de cultura”, Mecenas, logró reunir una serie brillante de pensadores dispuestos a cantar loas a Roma, a su gobernante y a la ideología que propugnaba. Tal el caso de Virgilio –como hemos demostrado en otra ocasión–,<sup>10</sup> Horacio y aun Ovidio. En similar círculo intelectual Tito Livio escribió una *Historia de Roma* destinada a resaltar los valores antiguos que Augusto trataba de restaurar.

La aparición del cristianismo pareció producir un corte definitivo y terminó con la Romanidad. Pero en cambio se produjo uno de los tantos encuentros de culturas –hombres e ideas y creencias, teoría y práctica– y no pasó mucho tiempo antes de que los pensadores romanos se cristianizaran.<sup>11</sup> Primeros los pensadores estoicos se hicieron cristianos, luego el emperador Constantino –asesorado por el obispo Euse-

8 Cf. HUBEÑAK, Florencio, “Terra et Urbs: la búsqueda de la mentalidad del ciudadano de la Roma republicana”, en *Res Gesta*, 22, julio-diciembre 1987, págs. 127-147.

9 ARON, Raymond, *El opio de los intelectuales*, ob. cit., pág. 206.

10 Cf. HUBEÑAK, Florencio, “La restauración augustea en Virgilio y su obra”, en *Actas del VII Simposio Nacional de Estudios Clásicos*, Buenos Aires, 1982.

11 Cf. HUBEÑAK, Florencio, “Encuentro del cristianismo con la cultura clásica”, en *Polis*, Revista de ideas y formas políticas de la Antigüedad Clásica, 4, 1992, págs. 157-171.

bio de Cesarea– proclamó la licitud del cristianismo y otros obispos –pensadores y hombres de acción pública– como Ambrosio de Milán aconsejaron al emperador Teodosio convertir el cristianismo en la religión oficial del Imperio romano.

A nivel de pensadores, el estoicismo pasivo fue subsumido por el activismo cristiano y se concibió una nueva Roma... cristiana. La Romanidad daba paso a la Cristiandad y el obispo Agustín de Hipona explicaba las características de la nueva comunidad (la comunión de los santos): la Ciudad de Dios peregrina en este “valle de lágrimas”, mientras patricios romanos como León y Gregorio magno –convertidos en Papas– llevaban a la práctica estas ideas.

Esta nueva mentalidad, a partir de los carolingios –bárbaros bautizados–, forjó la educación de los príncipes cristianos que intentaban construir la Ciudad de Dios en la tierra. Las epístolas de Lupo de Ferrieres o de Hincmaro de Reims son algunos de los elocuentes ejemplos de ello.

Hoy todos sabemos que la Cristiandad estaba muy lejos de la Edad oscura inventada por los iluministas; ahora los pensadores eran teólogos; los mismos que mediante una mala lectura de San Agustín elaboraron el agustinismo político y las bases ideológicas de la teocracia papal.

Los propios monjes benedictinos –hombres de contemplación y de acción (*Ora et labora* era su lema)– intentaron una reforma destinada a purificar la Iglesia (la reforma gregoriana o cluniacense) pero no pudieron evitar el contacto con la política del saeculum (siglo) y, “politizados” por la propia realidad, terminaron consolidando la citada teocracia.

No caben dudas de que el intelectual no surgió con la Modernidad como nos muestra Le Goff al estudiar a los intelectuales en la Edad Media, aunque Aron matice: “La Europa medieval conocía más bien cleros que intelectuales. Los letrados se ligaban en gran número a las instituciones eclesiásticas, entre la cuales figuraban las Universidades. Aun laicos, los profesores de universidad, no entraban en competencia con los servidores del poder espiritual, establecido y reconocido. Las diversas categorías de la inteligencia moderna se constituyeron lentamente; legistas y funcionarios dependían de la monarquía, los sabios debieron defender, contra un saber erigido en dogma, los derechos de la libre investigación, los poetas o escritores, surgidos de la burguesía, encontraron la protección de los grandes y pudieron vivir de su pluma del favor del público. En pocos siglos, las diversas especies de intelectuales –escribas, expertos, letrados, profesores– evolucionaron hacia una laicización, hoy total”.<sup>12</sup>

Tampoco es cierto que el intelectual nació con las Universidades, pero el siglo XII –abandonada la carga espiritualista agustiniana por la lectura y reinterpretación de las obras de Aristóteles– dio origen a un nuevo modelo de intelectual, que organizó el pensamiento y las formas de razonamiento y las orientó hacia el “mundo de lo sensible”.

Como observa Arciniegas estos universitarios comenzaron a tomar conciencia de su fuerza e importancia. “¿Para qué habían llegado a París? Para buscar el camino de la fama. Pensaban descollar en torneos eclesiásticos, deslumbrar a los príncipes, convertirse en sus amigos y mentores, dar a los pueblos leyes y ser consejeros de

<sup>12</sup> ARON, Raymond, ob. cit., pág. 212.



ministros, asaltar Concilios, figurar como príncipes de la Iglesia por el camino de los obispados y aun, quizá, tomar el báculo de San Pedro [...]”<sup>13</sup>

Hoy nadie ignora la existencia en la época de intelectuales indiscutidos como Abelardo o Roger Bacon, dispuestos a aplicar sus ideas a la realidad para buscar nuevos rumbos políticos. Pero queda por rescatar una enorme nómina de intelectuales –teólogos– como el mentado León magno o Bernardo de Claraval, que cumplieron importantísimos papeles en la forja de la comunidad política. Hasta un hombre concentrado en sus estudios como Sto. Tomás de Aquino escribió un “espejo de príncipes” con consejos sobre cómo gobernar para el rey de Chipre. Pero estos aspectos de la historia de esa época aún están por escribirse.

Muchos historiadores han confundido al intelectual con el ideólogo –que aplicaba su saber a fortalecer el poder de turno– y consideran su precursor –en el siglo XIV– a Guillermo de Ockham, aquel franciscano tergiversado por Umberto Eco que prometiera al emperador: “Yo te defenderé con la pluma y tú me defenderás con la espada”.

Paralelamente al surgimiento de esta generación de clérigos universitarios los burgueses produjeron sus propios intelectuales: los legistas, quienes basándose en el derecho romano imperial se convirtieron en consejeros de los monarcas y, mediante la secularización del poder, abonaron el campo para la consolidación del absolutismo; de manera similar, dos siglos más tarde, sus herederos (abogados, periodistas) elaboraron ese liberalismo que –como afirma Figgis– logró que “con la cabeza de Carlos I de Inglaterra cayera la teoría del derecho divino de los reyes”.

Ahora el intelectual secularizado, embebido en las “nuevas ideas” orientadas hacia la “conquista del mundo material” y ansioso del poder a que aspiraba la burguesía, comenzó a trabajar fervorosamente en la búsqueda y construcción de un nuevo orden puramente laico.

La época le proporcionó los medios necesarios para poder propagar sus ideas: letra sencilla, lengua nacional, imprenta, difusión de los textos; ya no alcanzaba con aconsejar a reyes y papas. En estos tiempos los nuevos burgueses aspiraban al estatus de intelectuales; la cultura se tornó burguesa y *light*. Hacia el siglo XVII los pensadores eran conocidos como “hombres de letras” y se expresaban en los salones, las academias o en la corte, más preocupados por llamar la atención que por la importancia de lo que decían. Allí encontraban protectores y público dispuesto a escuchar “las últimas novedades”, y fundamentalmente, la fama.

Su nueva tarea consistió en “adornar el mundo” y enmendar las costumbres. Se intentó que su papel fuera básicamente estético. Los gobernantes “aburridos” y aburguesados les pedían que los divirtieran y los burgueses buscaban su compañía, porque daba lustre. Lograron éxito, pero no consiguieron su independencia.

El régimen absolutista, en la medida que comprobaba su riesgo, prefirió incorporarlos al sistema y los consejeros reales fueron las “eminencias grises” de la época. En tiempos del cardenal Richelieu el literato no era un cortesano sino un funcionario. No debe extrañarnos que los reyes terminaran prefiriendo a las cortesanas.

<sup>13</sup> ARCINIEGAS, Germán, *El estudiante de la mesa redonda*, Buenos Aires, Sudamericana, 1971, pág. 23.

A partir de ese momento los intelectuales se sintieron temidos, honrados, estimulados y también detestados... Tenían influencia y poder. Pero todavía no tenían conciencia de su verdadera influencia. Eso les llevó tiempo y muchas horas de charlas en salones o de momentos destinados a redactar artículos para los periódicos de moda. Poco a poco empezaron a difundir las “nuevas ideas” y los “nuevos valores” de la burguesía y crearon un clima de insatisfacción generalizada. Comenzó “la dictadura del papel impreso”, que aun no ha terminado y que dio lugar a la cada vez más temida “opinión pública”.

También empezaba la era de la Razón. Y, claro, no podían estar equivocados. Por eso fueron totalitarios. Descontentos por naturaleza lo criticaban todo, pero también tenían propuestas abstractas para todos los males, aun para los que no existían.

Eran excesivamente optimistas, creían en un Paraíso terrenal y querían construirlo a cualquier costo. Sus aspiraciones de estatus y su soberbia eran incontenibles; deseaban ser philosophes y finalmente lo lograron. Y como decía un contemporáneo, pronto comenzaron a respirarse en el ambiente los aires de la revolución. En los mismos salones donde antes divertían a la nobleza ahora preparaban la Revolución burguesa. Como afirmaba María de Maeztu la aristocracia decadente se hizo burguesa como la burguesía decadente se ha hecho comunista”.<sup>14</sup>

Una vez que descubrieron que no toda la realidad se encontraba en los libros –aun que aun creyeran que estaba dentro de sus mentes–, los intelectuales también se convirtieron en “hombres de negocios” y “hombres de acción”. Las letras (el ocio) fueron reemplazadas por el negocio, entendido como negación del ocio. En esa línea todavía hoy entendemos el ocio reparador como la pérdida de tiempo o sea... no ganar dinero y las fiestas como tiempo robado a la productividad.

La aparición de la “sociedad de masas” les creó un nuevo problema y debieron adaptarse a la “cultura de masas” y a la proletarización de la sociedad. La prensa y luego la televisión les mostraron la importancia de los medios de difusión masiva y les permitieron entrar en todos los ambientes. Pero su trabajo se hacía cada vez más arduo a medida que las masas se politizaban.

En este sentido, el popularizado historiador liberal, Paul Johnson, publicó una obra: *Los intelectuales*<sup>15</sup> donde sostiene –exageradamente en nuestra opinión– que en los últimos dos siglos la influencia de los intelectuales ha sido decisiva en la configuración del mundo moderno. Según el autor a partir del siglo XVIII reemplazaron al poder eclesiástico y su rol mentor, idea que ya expresara en la tercera década de este siglo Julien Benda en su renombrado *La traición de los clérigos* (de los intelectuales, según la traducción que poseemos). Johnson llega a afirmar que “a diferencia de sus predecesores sacerdotales, no eran servidores e intérpretes de los dioses, sino sus sustitutos”.

Los intelectuales también accedieron al poder; en pleno triunfo de las corrientes historicistas del siglo pasado tuvimos una república francesa de presidentes historiadores (Thiers-Guizot) y mientras algunos pensadores socialistas pregonaban la “conquista del poder por la fuerza”, otros trataban de resguardar al intelectual ale-

14 MAEZTU, María de, *Historia de la cultura europea*, Buenos Aires, Juventud, 1941, pág. 116.

15 JOHNSON, Paul, *Los intelectuales*, Buenos Aires, Vergara, 1990.

jándolo de la política y encerrándolo en una “jaula de oro”. La docencia se convirtió en un sacerdocio... Y nos ayudó a morir de hambre.

Esta reacción vinculada al fin del “progreso permanente de Europa” se notó a principios de este siglo en la crítica al intelectual comprometido mientras los izquierdistas acentuaban su misión de “cambiar la sociedad”. Mi generación recuerda a Jean Paul Sartre o Herbert Marcuse comprometidos en la revolución cultural del “Mayo francés” que terminara derrocando a De Gaulle y generando una generación entera de víctimas de los intelectuales provocadores de la revolución proletaria. Parecía que ellos tenían todas las respuestas, pero no les quedaba tiempo para formularse las preguntas. Allí nacieron los posmodernos.

En ese permanente *corsi e ricorsi* que caracteriza el devenir histórico de la Humanidad el miedo atacó nuevamente a los pensadores, temerosos de identificarse con el cambio. Ante el peligro comunista todos nosotros asentimos casi mecánicamente a ciertos principios modernos, que nos parecían muy antiguos y que un autor contemporáneo expresaba así: “Los intelectuales son los traductores de la idea en el caos de la vida. Ya sean sabios, filósofos, críticos o poetas, su oficio eterno es fijar y poner en orden la verdad innumerable, mediante fórmulas, leyes u obras. Extraen las líneas, las direcciones; tienen el don casi divino de llamar, por fin, las cosas por sus nombres. Para ellos, la verdad se declara, se ordena y aumenta, y el pensamiento organizado sale de ellos para rectificar y dirigir las creencias y los hechos. Por esa utilidad sublime, los obreros del pensamiento están siempre al comienzo del drama interminable que es la historia de los hombres”<sup>16</sup> o como mucho más recientemente expresó el desencantado Lezek Kolakowski en *Les Intellectuels contre l'Intellect*, “los intelectuales no están de ninguna manera llamados a gobernar el mundo... Su función más importante es la de preservar y transmitir el bien acumulado de la cultura espiritual de la humanidad en tanto que bien común”.

Nadie niega que la misión del intelectual consista en defender los valores universales frente a los ataques sectoriales. Pero cuidémonos de no pasar a integrar esa extraña especie del intelectual no comprometido cuya tarea queda limitada a “buscar la verdad”.

Creemos que sería de sumo interés analizar en qué medida la crisis de valores y de identidad que invade nuestra época –historiadores incluidos– no hunde sus raíces, precisamente en esta desconexión inmanentista del intelectual poskantiano.

Aceptemos que la profundidad de la crisis lleve al historiador a resignarse ante el misterio de la historia, que los escépticos colegas racionalistas actuales llaman “azar” o como señalaba el ya casi olvidado Arnold Toynbee “develar ciertas incógnitas del misterio de la existencia humana”, que en el fondo son parte del misterio de Dios.

Pero para nosotros intelectuales católicos y hombres imbuidos de la cultura clásica re-signarse no significa “aguantarse” sino re-signar: volver a buscar los signos que nos permitan entender el sentido de la historia –y de nuestro papel en ella– desde el plan de Dios y no solo desde nuestra limitada perspectiva.

<sup>16</sup> BARBUSSE, Henri, *Le couteau entre les dents*, Paris, Clarté, 1921, págs. 5-6. cit. en BODIN, Louis, *Los intelectuales*, Buenos Aires, Eudeba, 1970, pág. 60.

Cuántos historiadores se limitaron a intentar –y aun intentan– recrear el pasado. Pero para nosotros el historiador no solo debe “recrear” la realidad de una época –al estilo positivista– sino debe “interpretarla” para buscar en el pasado respuesta a sus problemas de hoy y luego –por qué no– ayudar a solucionarlos. No limitarnos a la “historia del cómo, sino buscar la historia del porqué”, porque como bien observa Gonzague de Reynold, “toda acción es el resultado de un pensamiento, todo pensamiento que se expresa constituye una acción”.<sup>17</sup> Julien Benda nos aclara: “La cultura supone que tenemos la facultad de aprender –de comprender– es decir, la inteligencia. Pero si no rebasamos esa facultad, si no le añadimos la de asimilar nuestra experiencia y transformarla... no tenemos cultura”.<sup>18</sup> En última instancia ya lo había descubierto Sto. Tomás de Aquino hace seis siglos: el obrar sigue al ser.

El intelectual en general no es el erudito, el científico, el investigador “puro” y como afirmaba Molnar: “[...] en última instancia, no le basta con interpretar los hechos –de naturaleza económica, social y política– que suceden a su alrededor, sino que trata de influir sobre ellos y de transformarlos. Combina así la teoría con la práctica y es probable que formule una ideología o adhiera a alguna”.<sup>19</sup> No basta con elaborar una nueva cosmovisión, hay que ayudar a hacerla.

Pero “hacer la historia” se convirtió en privilegio del marxismo que afirmaba que “los filósofos no han hecho más que interpretar el mundo de diferentes maneras; se trata de transformarlo”; acaso no había sido Lenin quien había afirmado que “más interesante que escribir la historia es hacerla”.

En una Universidad Pontificia, para reinterpretar los signos de los tiempos y el papel que nos cabe en ellos, qué mejor que recurrir a la orientación del Papa Juan Pablo II, quien expresara en su carta apostólica *Tertio millennio adveniente*: “[...] hoy miramos con sentido de gratitud y también de responsabilidad cuanto ha sucedido en la historia de la humanidad a partir del nacimiento de Cristo, principalmente los acontecimientos entre el mil y el dos mil. De un modo muy particular dirigimos la mirada de fe a este siglo nuestro, buscando en él aquello que da testimonio no solo de la historia del hombre, sino también de la intervención divina en las vicisitudes humanas [...] El Concilio Vaticano II ha sido la respuesta evangélica a la reciente evolución del mundo con las desconcertantes experiencias del siglo XX, atormentado por una primera y una segunda guerra mundial, por la experiencia de los campos de concentración y por horribles matanzas. Lo sucedido muestra sobre todo que el mundo tiene necesidad de purificación, tiene necesidad de conversión” (17/18).

Nuestra tarea consiste en reinterpretar nuestro mundo, nuestro país y nuestro papel como historiadores argentinos de la Universidad Católica en este contexto y luego obrar en consecuencia. *Restaurare omnia in Christo*.

Ahora que nos amenazan con el “fin de la historia”, como dice Josep Fontana: “[...] merece la pena, pues, que nos esforcemos en recoger del polvo del abandono y el desconcierto esta espléndida herramienta del conocimiento de la realidad que se ha puesto en nuestras manos. Y que nos pongamos, entre todos, a repararla y a

17 GONZAGUE DE REYNOLD, *El mundo griego y su pensamiento*, Madrid, Pegaso, 1947, pág. 163.

18 BENDA, Julien, *Cultura y civilización*, Buenos Aires, America lee, 1954, pág. 17.

19 MOLNAR, Thomas, *La decadencia del intelectual*, Buenos Aires, Eudeba, 1972, págs. 15-16.

ponerla a punto para un futuro difícil e incierto”.<sup>20</sup> Ha llegado la hora de llamar las cosas por su nombre, reinterpretar la historia global –como han señalado los cada vez más necesarios “especialistas en generalidades” como Dawson o Toynbee– desde nuestra perspectiva católica; esa historia que comienza en una nebulosa –como si el Supremo Hacedor mismo hubiera querido ocultar a los hombres el misterio de los orígenes de la humanidad– nos conduce a través de la herencia filosófica y artística del mundo helénico y jurídica y política del mundo romano a integrarse con la religión monoteísta judeocristiana en una Cristiandad –vaciada de contenido bajo el aparentemente intrascendente nombre de Edad Media–, que perdura hasta las paces de Westfalia –sin Renacimiento con mayúsculas al estilo de Burckhardt ni Reforma religiosa al modo de los historiadores luteranos.

En 1648 la Cristiandad se divide y perdida la unidad logran cauce las “nuevas ideas” imanentistas y científicas que preparan la ebullición intelectual del Siglo de las Luces y su corolario lógico en las “revoluciones burguesas”, se acentúa el desarrollo económico capitalista y el progreso técnico-cultural (positivista) de una Europa que está convencida de la posibilidad de lograr –finalmente– el utópico Paraíso terrenal. Una vez más la cruda realidad echó por tierra fantasías y quimeras, el resultado fue el “suicidio de Europa” con las dos guerras y sus horrores concomitantes; la “decadencia de Occidente” como la llamó significativamente Oswald Spengler. Crecieron las “potencias del Pacífico” que profetizaran Donos Cortés y Tocqueville en el siglo pasado, mientras la “muerte de Dios” de Nietzsche se convertía en la lógica “muerte del hombre” de Levi-Strauss y Foucault o en el hastío de Fukuyama.

Esta visión de la historia –desde una posición realista y no desde falsos idealismos– debe permitirnos interpretar correctamente el mundo con sus luces y sombras y fundamentalmente –creemos– aceptar la crítica de los pensadores posmodernos, en la medida que critican la Modernidad iluminista y rescatan una nueva religiosidad, posiblemente la única base para reconstruir –sobre las raíces de la filosofía y teología perenne y el misterio de Cristo Encarnado– una “civilización del amor” verdaderamente cristiana... no *light*.

El mismo Fontana –desde una posición marxista– señalaba: “[...] necesitamos repensar la historia para analizar mejor el presente y plantearnos un nuevo futuro, dado que las viejas previsiones en que habíamos depositado nuestras esperanzas se han venido abajo, porque estaban mal fundamentadas”.<sup>21</sup> Esas previsiones incluyen una raíz iluminista y sus derivados positivista y marxista... con todos sus neoherederos. Debemos recordar que en los momentos de crisis el historiador recurre al pasado tratando de encontrar allí cuál fue el momento en que la humanidad se equivocó de rumbo, para recomenzar la marcha nuevamente... y por el camino correcto. Si desconocemos nuestro pasado, jamás podremos aceptar nuestro presente ni construir nuestro futuro.

Se nos prometía la opulencia del Paraíso comunista de 2000 y hoy se nos promete un no muy diferente Paraíso capitalista, cuya base sigue siendo el materialismo y como tal está, también, condenado al fracaso. ¿Estamos ingresando en la noche

20 FONTANA, J., *La historia después del fin de la historia*, Crítica, 1992, págs. 146.

21 *Ibíd.*, pág. 142.

oscura de Occidente o en la agonía de la Ciudad de los hombres? Cuándo comenzaremos a construir la Ciudad de Dios?

Pero frente a este panorama, que no dudo muchos calificarán de excesivamente pesimista, ¿qué rol nos corresponde a aquellos que tenemos vocación intelectual y la encaminamos a través de la historia como historiadores, y no meros profesores de historia? En primer lugar creo nos cabe un papel fundamental en la imposterable integración del saber ya que nuestra estrecha vinculación con la filosofía y la teología y nuestro contacto con las disciplinas sociales y técnicas nos facilitan la intermediación. No es un papel que debamos dejar en manos de los sociológicos –convertidos en filósofos de un idealismo ideológico (el del progreso)– como si el cubismo fuera una etapa superior del clasicismo o el rock actual, por ejemplo, una superación progresista de la Novena Sinfonía, por no caer en el relativismo de una noche oscura donde todos los gatos son negros.

En segundo lugar –si no queremos participar en nuestra propia autoextinción–, debemos vincularnos con aquellas disciplinas que nos permitan horizontes más amplios y campos de acción concretos. Los ejemplos clásicos citados al comienzo de estas palabras nos aportan una luz que creo merece ser repensada.

El eminente pensador Bertrand de Jouvenel nos sirve para recordar que “cada uno de nosotros, aun cuando no lo piense en absoluto, tiene una actividad política, ejerce una autoridad y debe tomar conciencia de este papel, de las obligaciones que comporta y dedicarse a desempeñarlo lo mejor posible”. ¡Cuánto más un historiador! No vivimos en una ínsula, sino en una comunidad y la vida en la comunidad (*politeia*) es una dimensión importante de la vida humana, aquella por la que nos relacionamos con los demás. Como tal es inevitable. Y no debemos dejarla al acaso, sino ocuparnos prolijamente de ella. Y debemos prepararnos adecuadamente.

Por otra parte una visión excesivamente pesimista –o escapistista– genera vacíos irrecuperables, y como decía recientemente Carlos Floria, “representa una visión contradictoria respecto a la eficacia de la Redención, en cuanto evoca la enseñanza de Cristo para que el cristiano sea la sal del mundo y lo transforme para el Bien”.

Ya en el siglo pasado aclaraba el inglés Seeley: “[...] la historia no es ni crónica de hazañas históricas ni historia de ideas; solo es historia auténtica la historia de la comunidad política; pero, a su vez, la historia es maestra de la política, por eso, las Universidades deben ser “un gran seminario de políticos”, pues los políticos son vulgares cuando no han sido educados por la historia y la historia degenera en mera literatura cuando pierde de vista su relación con la política”.

Carlos Massini en sus interesantes reflexiones sobre el renacer de la ideología observaba que “la politeia –en su verdadero sentido de preocupación por la ‘cosa pública’– surgía de un contacto directo y vivo con la experiencia del gobierno y el hombre público, respetuoso de las lecciones de la historia, atento observador de la naturaleza humana, que no cifra esperanzas desmedidas en los resultados de la acción política. Sabe que éstos son siempre provisorios y limitados, constantemente amenazados por el peligro de la anarquía, la decadencia o la tiranía. Por ello desconfía de los soñadores, de los doctrinarios, cuyos ideales bellos pero inalcanzables no son sino elementos de perturbación del orden social y conducen generalmente a males mayores que aquellos que se proponen solucionar [...] El historiador conforme

a una experiencia de siglos no cree que el hombre pueda alcanzar una perfección absoluta en este mundo y deja en manos de la religión la tarea de su salvación integral”.<sup>22</sup>

En suma, para nosotros católicos, más sencillamente, se acepta la existencia del pecado original o como diría irónicamente un pensador de principios de siglo, el hombre no es ni bueno ni malo por naturaleza, es mediocre.

Claro que debemos aceptar, como afirmara Jacques Maritain, que “cuando uno hace política tiene que ensuciarse los pies en el barro, pero lo importante es no ensuciarse las manos ni el corazón”.

No vaya a ocurrir que por esa falsa imagen platónica que tenemos de la política como propia de corruptos, terminemos como en aquellos tiempos juveniles de Acción Católica donde siempre nos estábamos preparando para pasar a una acción que nos asustaba.

Entonces, se preguntarán, ¿cuál es el camino correcto?

Lamentablemente no tengo la respuesta; sí la pregunta. Pero como diría el inolvidable Chesterton, ya están planteadas todas las preguntas. Solo queda por ver la respuesta de cada uno de nosotros y como afirmaba Fulton Sheen, el vacío que quede si yo no cumpla la tarea para la que he sido convocado a este mundo no será cubierto jamás. Este es el poco mentado pecado de omisión. Debemos reflexionar profundamente –y también de manera grupal e interdisciplinaria– sobre cuál es nuestro papel de intelectuales, de historiadores de la UCA para el siglo XXI. Interrogarnos qué quiere Dios de nosotros, qué nos exige, qué debemos hacer.

Y para ello es indispensable formarnos adecuadamente y conocer –prever– el mundo y el país que nos esperan. (¿Acaso no es también papel del historiador el preverlo?) Nos lo pidió Juan Pablo II en vísperas del III Milenio. Y no lo averiguaremos si nos encerramos en los claustros. No olvidemos que los monjes medievales, como los apóstoles, no vacilaron en salir a conquistar el mundo y configuraron Europa... la Europa cristiana... la Cristiandad.

Sigue teniendo vigencia la llamada de Charles Maurras, hace más de medio siglo, en *El porvenir de la inteligencia*. Allí escribía: “[...] ante este siniestro horizonte, la Inteligencia nacional debe aliarse con quienes intentan, antes de sucumbir, hacer algo hermoso. En el nombre de la razón y de la naturaleza, según las viejas leyes del universo y para la salvación del orden y la duración y el progreso de una civilización amenazada [...]”.<sup>23</sup> En esos ratos de duda, de angustia en un mundo *light* no olvidemos que “los intelectuales sufren por su impotencia en modificar el curso de los acontecimientos, pero desconocen su influencia. Al final los hombres políticos son los discípulos de los profesores o de los escritores”...<sup>24</sup> Como en la época de Platón o en el helenismo. ¿Será este el camino? Ocupar las cátedras clave de todas las instituciones, publicar libros y artículos en las revistas importantes, difundir las ideas en los medios de comunicación masivos... Pero ¿estamos preparados para ello? ¿Es el perfil de historiadores que tenemos? ¿Es el perfil que queremos? ¿Es el perfil

<sup>22</sup> MASSINI CORREAS, Carlos I., *El renacer de las ideologías*, Mendoza, Idearium, 1984, págs. 117-119.

<sup>23</sup> MAURRAS, Charles, *El porvenir de la inteligencia*, Buenos Aires, Nuevo Orden, 1965, pág. 76.

<sup>24</sup> ARON, R., ob. cit., págs. 258-259.

que necesitamos? Debemos resolverlo ya. Como decía S.S. Juan XXIII, en el siglo XX “detenerse es retroceder”.

Es la tarea que le cabe a nuestra Universidad, pero es también nuestra obligación de intelectuales católicos comprometidos; como decía hace poco unos de los Rectores de nuestra Universidad, si no formamos graduados comprometidos no se justifica una Universidad Católica.

Que en medio de nuestras reflexiones y nuestra acción nos quede grabada la expresión del *poverello* de Asís: “[...] no se construye la tierra sino mirando al cielo, pero no se llega al cielo, sino construyendo la tierra”.